

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
75	1 pta.
100	5
500	25
1000	50

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

Virada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

En el próximo número daremos las explicaciones necesarias para el **Concurso Infantil** que inauguraremos, Dios mediante, el 20 del actual.

Queridos niños, id preparándoos, que el premio es muy a propósito e instructivo para vosotros.

El cordón del franciscano

HISTÓRICO

Naufragó un barco en la costa de Guinea, y habiendo perecido casi todos los pasajeros, sólo arribaron a la playa cuatro de ellos, entre los cuales iba un fraile franciscano.

Cogidos por unos cuantos salvajes, más negros que el hollín y sin más ropa que un ligero taparrabos, fueron conducidos tierra adentro a presencia de su negro soberano. A éste, que iba tan ligero de ropa como todos sus vasallos, gustóle tanto el hábito que vestía el franciscano, que se lo quitó para usarlo en los días de ceremonia, en los cuales se ponía muy guapamente su capa sobre el negro pellejo para dar audiencia a sus cortesanos.

El fraile, con la dulzura y paciencia con que sufría los malos tratamientos de que era objeto, se había conquistado el aprecio y consideración de todos—que hasta entre salvajes produce efecto la dulzura y paciencia—y en especial el rey le distinguía hasta el punto de eximirle de los rudos trabajos a que sus tres compañeros estaban sometidos.

Un día que estaba de buen humor el soberano, preguntó al fraile, que ya entendía y aun hablaba la enrevesada jerga de aquellos caribes:

—Dime, ¿para qué es ese cordón que llevas ahí, y del que nunca te separas?

—Este cordón—contestó el fraile—

es para recordar la cuerda que ciñó a su cintura nuestro Padre fundador, y del cual ningún hijo suyo se separa, ni aun después de muerto.

—¿Tanto lo quieren?

—Tanto, que si me ofrecieses la libertad, pero quedándote con el cordón, no me movía de aquí.

Chocóle al señor negro, que aunque obscuro de piel no lo era de entendimiento, el acento de convicción que ressaltaba de las palabras de su prisionero, y crecía la consideración en que ya le tenía.

Al día siguiente quiso su negra majestad castigar a uno de los naufragos que estaba enfermo, por no sé qué supuesto delito, y el fraile se ofreció para sufrir la pena por aquel compañero y hermano. Extrañóle al rey la palabra hermano, que explicó el franciscano diciéndole que todos los hombres eran hijos de un solo Dios, y por consiguiente todos hermanos, sin distinción de clases ni de colores.

—¿También somos hermanos tuyos nosotros, los negros?

—También, y por el último de tus súbditos me sacrificaría gustoso.

—De modo—repuso el rey—que, si consiguieras la libertad, sentirías que se quedarán esclavos tus compañeros.

—No me iría sin ellos aun cuando me lo ofrecieses. O todos cuatro libres, o todos cuatro esclavos.

Mucho crecía en el concepto del lanudo rey aquel humilde fraile, a quien trataba y mandaba tratar con la mayor consideración; y un día que se hallaba rodeado de su negra corte, le dijo el franciscano:

—¿Me das licencia para que vaya a Europa a buscar dinero para rescatarme yo y mis compañeros? Te doy palabra de que, si no lo encuentro volveré a ponerme en tus manos, y seguiré siendo tu esclavo.

Echáronse todos aquellos dignatarios a reír estúpidamente, enseñando lo único que tenían blanco: los dientes. Sólo el rey no se reía, y le preguntó:

—¿Qué me dejas en prenda para obligarte a volver?

—Este cordón—dijo el fraile, quitándose de la cintura—: ya te he dicho que sin él no puede vivir un hijo de San Francisco. Si en Europa no hallo rescate, volveré por él para ceñirme y seguir en tu poder.

Continuaron riendo a más y mejor los cortesanos, cuando con gran asombro oyeron que su amo y señor, tomando el cordón, repuso:

—Cuando quieras puedes marchar a buscar vuestro rescate. Me quedo con tu cordón.

Y marchóse el fraile a buscar buena fortuna.

Entretanto los negros palaciegos preguntaron al Rey:

—¿Pero crees acaso que volverá? Muy cándido serías.

—No—dijo el Rey—, no creo que vuelva, y hará bien; cualquiera de nosotros en su caso haría lo mismo. Pero me queda una duda; dejadme que la conserve.

Pasaron seis meses, y todos ya daban por seguro que no volvería el fraile, cuando una tarde, al caer el sol, vieron con asombro estupendo que el franciscano entraba en la choza que hacía de palacio real, y que, adelantándose con humildad, tranquilo y resignado, dijo al Rey:

No he podido encontrar rescate para mí y para mis compañeros; por lo tanto, vuelvo por mi cordón y a seguir siendo tu esclavo ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Asombrado quedó aquella negra majestad, y mucho más todos sus cortesanos. Entonces el Rey, después de reflexionar un rato, en medio del mayor silencio de los circunstantes, tomando el cordón y entregándoselo al fraile, díjole con sentido acento:

—Te doy gustoso la libertad sin rescate, a ti y a tus compañeros; id donde queráis y que vuestro Dios os proteja.

El negro monarca había comprendido toda la grandeza de aquella acción generosa y caritativa, que valió a los demás cautivos la ansiada libertad.

Un mono sabio

- Estoy convencido: ¡no hay Dios!
- Perfectamente.
- Y no habiendo Dios no hay religión.
- Muy bien.
- Y sin religión no hay moral.
- Deducción lógica.
- Y faltando la moral no hay ley que obligue.
- ¡Admirable!
- Y no habiendo ley soy dueño de hacer lo que me dé la gana.
- Exacto.
- Y de apropiarme de lo que V. posee.
- Y yo de apoderarme de lo de V.
- Y saquear las casas de los ricos.
- Y yo también.
- Y de quemar las iglesias y todo lo que trasciende a religión.
- Y yo puedo pegar fuego a los clubs revolucionarios y masónicos con todo lo que haya dentro.
- Eso no es posible.
- ¿Por qué razón?
- Porque el progreso lo prohíbe.
- Pero ¿no habíamos quedado en que no habiendo Dios no hay religión y que sin religión no hay moral, y sin moral no hay ley que obligue?
- Sí, señor; pero eso se refiere a la ley invocada por la ignorancia, el fanatismo y la reacción.
- De modo que la ley de V. es la del embudo.
- Es la de la libertad, la de la razón, la del progreso... la de...
- Sí, sí, entendido.

El pensamiento libre proclamo en alta voz, y muera el que no piense igual que pienso yo.

De modo que V. no reconoce a Dios, pero proclama V. su propia autoridad; no quiere V. religión, pero se empeña en que todos caigamos de rodillas ante los altares de sus ídolos: rechaza V. la moral; pero acepta una para uso particular: no admite usted la ley, pero desea imponerla a los demás a garrotazos. ¿No es esto?

—¡Hombre!... me parece que ha sacado V. la cuestión de quicio.

—No hay tal; he discurrido lógicamente partiendo de la creencia de usted de que no hay Dios.

—Y aunque existiera, ¿qué? ¿Piensa V. que Dios se ha de entretener en dictar leyes todos los días a los hombres, como un catedrático señala la lección a sus discípulos para el día siguiente?

—No, señor; y eso precisamente es una prueba de la verdad de las leyes de Dios. Jesucristo las dictó durante su divina predicación, y desde entonces la verdad revelada no ha variado en un ápice, ni variará jamás. Todo cambia, todo se modifica, todo sufre alteración con el tiempo, menos la pa-

labra de Cristo. Pasan las generaciones, los imperios, las repúblicas, las naciones, los conquistadores, los sabios, los ignorantes, los buenos, pero aquella Verdad no pasa nunca; siempre permanece en pie, erguida, majestuosa, desafiando las tempestades de la ciencia incrédula, las burlas de los impíos, las chocarrerías de los necios y de la elocuencia de los retóricos, que vienen a estrellarse en la *pedra* fundamental de la Iglesia.

—Palabras y palabras.
—Hechos y hechos. ¿Ha visto V. si la Iglesia ha borrado una sola letra de sus verdades, convencida de su inutilidad por los argumentos de sus adversarios?

—No tengo noticia de eso.
—Lo creo, porque generalmente el hombre tiene afición a hablar de lo que no sabe una palabra.

—Ya empezamos con puyitas.
—No son puyitas, sino verdades las que le dirijo. Estoy seguro de que lo que usted conoce en materias religiosas lo ha aprendido en cuatro libracos de otros tantos incrédulos, que a su vez aprendieron sus argumentos en otros de igual índole que ellos leyeron porque, a decir las cosas como son, los *sabios* incrédulos de estos días no han inventado nada, contentándose con plagiar los errores cien veces combatidos en otras épocas. Sabios de pacotilla son esos, los cuales, como las ratas, meten su hocico en las tumbas para alimentarse.

—Así no se puede discutir.

—Ni con V. se debe discutir de otro modo, porque para negar que Dios existe, que es el fundamento de sus ridículas lucubraciones, debería V. afirmar que usted procede de cualquier animal, mineral o planta que hubiera brotado espontáneamente; en cuyo caso sería V. descendiente de la ostra, de la piedra o del alcornoque, y con un ser de esta procedencia ¿qué hombre, hijo de Dios, podrá discutir sin rebajarse?

—¡Intransigente, ultramontano, ignorante!

—Ya esperaba yo esa salida, señor mono sabio.

S. MORALES.

El Santo Rosario

SUS FRUTOS

Había dos familias vecinas de muy diversas ideas y sentimientos.

En la una se rezaba todos los días el Rosario; en la otra se juraba, disputaba y maldecía.

—¿Para qué sirve el Rosario?—preguntó un día con tono burlón el vecino despreocupado al católico.—¿De qué mal os cura? ¿De peste, de hambre o de guerra?

—De peste, de hambre y de guerra—respondió el buen hombre.

—¿De guerra también?

—Pues, si señor, porque mientras nosotros rezamos y vosotros renegáis y refáis y os rompéis la crisma, es cierto que nosotros estamos en paz y vosotros en guerra.

Y por cierto que esta fué una acertada contestación. No es pequeño fruto del Santo Rosario el conservar la paz y concordia en el seno de la familia.

¡Cuántas lágrimas, escándalos y disgustos se ahorrarian en muchas casas si en ellas se rezase el Santo Rosario! Porque donde se practica tan santa devoción y ruegan todos al Señor diciendo: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*, hay, sin duda, mucha más caridad y unión de voluntades que donde cada uno quiere hacerse la justicia conforme a la medida de sus odios. Por esta causa las familias que rezan el Rosario parecen un cielo de paz; mas las que no lo rezan parecen no pocas veces un infierno de confusión.

¡Qué escena tan hermosa la de una familia que está rezando el Rosario! El más anciano de la familia suele guiarlo, y a veces, para mayor encanto, un niño inocente, y todos los demás unen sus voces y sus corazonas para alabar a la Virgen Santísima.

La carta

Escribe el joven soldado junto a una piedra sentado: cerca, en el suelo, el fusil: duerme el vasto campamento, y besa su rostro el viento de un amanecer de abril.

De vez en cuando suspira, alza los ojos y mira, pluma dejando y papel; se ilumina su semblante, cual si algo hermoso y radiante cruzara de pronto ante él.

¿Qué busca con la mirada? ¿Qué visión inesperada del horizonte surgió? Quizá el día que clarea le finja, al lejos, la aldea donde a la vida nació.

Acaso ve su cabaña, al pie de la alta montaña, envuelta en el castañar; y el prado, todo verdura, y el arroyo que murmura por las piedras al saltar.

Acaso ve sus frutales su trigal y sus maizales abandonados tal vez, y piensa escuchar la queja de la pobre y santa vieja que cuidó de su niñez.

Acaso, fuerte y garrida, ve a su zagala querida jurándole eterno amor; rosa del campo temprana, que tomó de la manzana la frescura y el color.

En ella piensa sin duda; la expresión lo dice muda de su rostro juvenil, y al recuerdo de su amada a la carta inacabada vuelve con mano febril.

Respirando alegremente escribe: «Mientras aliente, te daré mi corazón...» Apenas ha concluido, a un formidable estampido sigue una horrible explosión.

Los cascotes de la granada en espesa granizada le arrastran al estallar. Ni un ¡ay!, ni un paso, ni un grito... Todo: hombre, piedra y escrito desaparece a la par.

Poco después, a la choza, nido en que espera la moza, llega de la guerra, el don... La medalla del soldado. La envuelve un papel borrado que aun dice «mi corazón...»

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

Ahora que la interrupción del comercio con Alemania, a causa de la guerra, obliga a los Estados Unidos a buscar en otra parte las 250.000 toneladas de potasa que importaba anualmente de las fábricas tudesacas, muchos piensan volver al sistema antiguo, utilizando las cenizas de leña, que ahora se tiran, pero que hace tres siglos se exportaban de Virginia a Inglaterra al precio de 150 a 200 francos la tonelada.

Se calcula que América produce anualmente, como residuo de la combustión de la leña, más de un millón de toneladas de cenizas al año. Seis kilos de ceniza pueden producir uno de potasa, y, por lo tanto, de un millón de toneladas de cenizas podrían sacarse 150.000 de potasa, lo que, a los precios actuales del mercado, representan una riqueza de 60 millones de francos.

Los chinos y el Rosario

La devoción del Santo Rosario es grande entre los fieles chinos. Las mujeres rezan los quince dieces cada día y muchos hombres también. Desde lejos se oye la dulce armonía del Rosario en las familias cristianas.

Su veneración se extiende hasta las cuentas mismas, y se acusan en confesión de haber tocado el rosario con manos sucias o de haberle dejado caer al suelo.

Suelen a veces disgustarse los penitentes porque no se les dan más que tres Rosarios que rezar y piden se les cargue más.

La fiesta del Rosario es una de las más solemnes del año.

La vida en los tejados

Muchas casas de Nueva York tienen hoy día grandes espacios abiertos dedicados a los juegos de los niños, ¿dónde dirán ustedes? Pues nada menos que en el tejado. Algo peligrosilla les parecerá a algunos esta manera de jugar a estilo de gatos; pero la verdad que un tejado puede fácilmente transformarse en campo de juego y esta metamorfosis resulta un gran beneficio para los niños pobres, que de ese modo no molestan en la calle ni en ella corren peligro.

Casi todas las escuelas neoyorquinas están transformando en azoteas los tejados e instalando en ellas recreos escolares. En ellas se colocan parras, enredaderas y girasoles, y encima de los aleros se disponen sólidas barandillas de tela metálica que impiden que los chiquillos vayan a parar al vacío.

Hay en la gran metrópoli vecinos que han convertido el tejado de su casa en verdadero huerto, donde cultivan lechugas y repollos y crían gallinas. Y no son únicamente los pobres los que sacan partido de esta novedad. Hay inquilinos ricos que arman en la

azotea un pabellón de tablas. Allí disfrutan de aire puro y en las noches de verano duermen en hamacas en la parte que constituye el patio del pequeño palacio aéreo. Es como vivir en el campo, pero con una gran ventaja; que nadie sube a molestarles.

Hasta en los tejados del edificio de la Compañía Metropolitana, uno de los más altos de la gran ciudad, hay establecido un gimnasio para los empleados y un comedor al aire libre para las empleadas. Ciertas Compañías han seguido este ejemplo, instalando en lo más alto de sus casas verdaderos jardines con palmeras y plantas de adorno que prestan sombra a mesas adornadas con flores y servidas por criados japoneses.

Invernaderos, observatorios y jardines, de todo hay ya sobre los techos de Nueva York y es de esperar que habrá pronto en ellos campos de golf y de foot-ball, piscinas de natación, columpios, etc.

Algunos hospitales fueron los que inauguraron este sistema de vida a cielo abierto. Uno de ellos convirtió su tejado en sala para el tratamiento de pulmonías, constipados y afecciones de la garganta, pues sabido es que ciertas enfermedades crónicas, como la tuberculosis, cede más fácilmente por este procedimiento. Tanta confianza se tiene en él, que en un hospital el arquitecto ha tenido en cuenta la disposición de las azoteas para poder colocar camas en ellas.

Ciertas casas de dormir han adoptado también este sistema; una hay que ha dividido la azotea en varias secciones: una para secar las ropas lavadas, otra para dormir, otra para jugar, todas ellas protegidas por un pequeño muro y un enrejado de alambre, de modo que no haya peligro ni aun para los niños.

Un asilo de hijos de obreras tiene también una parte de la azotea destinada a los niños que, reunidos por docenas, allí juegan, leen y se dedican a pequeños trabajos manuales.

Charla

—¿Qué... no trabajas hoy?

—Sí, señor, gracias a Dios que hacer no me falta; trabajo hoy y todos los días, excepto los domingos y fiestas de guardar.

—Perfectamente bien. Cumples como buen cristiano. Dios te ayudará.

—Me ayudó hasta la fecha, que hago lo que puedo por servirle.

—Pero... los días de fiesta también comerás... y si no trabajas...

—Ya se por dónde va usted. Quiere remedar a esos gánzapiros que todo lo convierten en cuestión de estómago, como los brutos. Mas ffjese cómo les luce el pelo; no trabajan porque necesitan comer sino porque

necesitan beber. Jamás nadie se ha perjudicado porque dejase de trabajar los días de fiesta; en cambio, los que las quebrantan, sin verdadera necesidad, esos andan siempre a la quinta pregunta, si es que al diablo de la codicia no les engaña un poco tiempo con prosperidades para luego darles el gran batacazo.

—Discurres muy bien. Te deseo siempre tan buen criterio.

—En resumidas cuentas, que si queremos ser felices guardemos siempre los preceptos del Señor. Lo ví en mis padres, lo veo en mí y procuro inculcar esto mismo que le digo a mis hijos; es la mejor herencia que un pobre como yo puede dejarles.

—Es la mejor herencia que todos podemos y debemos dejar a nuestros descendientes.

—¿Tiene usted ahí por casualidad un AMIGO DEL POBRE?

—Sí, tómalo.

—Es para darlo en mi taller a uno... a muchos que les hace suma falta. Están los pobres en cuestiones de religión peor que una zapatilla. ¡Así despotrican ellos! Que en la estación se blasfema mucho, decía usted en un número de estos atrasado, ¡pues si oyera usted cómo se habla en la fábrica donde yo estoy! Parece que andan a la apuesta a quién es más energúmeno. Yo libro con ellos cada pelotera que arde el pelo, pero como no tengo autoridad alguna sobre mis compañeros y quien la tiene no se cuida de esto lo más mínimo, de ahí que el vicio de blasfemar va en aumento; maestros, oficiales, aprendices, pinches a todos da asco oírlos. ¿Cómo no han de vivir rabiando si no cesan de insultar a Dios y a su Madre Santísima?

—Cierto, cierto. Bien deberéis sufrir los que por sentir honradamente tenéis que aguantar a diario tal charrón de inmundicias.

—Usted ya sabe que yo pertenezco a la Adoración Nocturna y por saberlo igualmente mis compañeros de trabajo, excuso decirle lo que me aburren; sé contestarles, pero, créame usted, a veces, si no fuera mirando a Dios, en vez de contestaciones les daría otra cosa.

—No correspondas en la misma moneda ni te portes como esos que todo lo dirimen a golpes, a embistes, como los brutos.

—Y están siempre hablando de libertad y de fraternidad...

—No saben con qué se come eso. Confunden la libertad con la sinvergüencería.

—La verdad es que en ocasiones me acuerdo de los primeros mártires del Cristianismo que tenían que sufrir pacientes los insultos y atropellos de la granjería mundana.

—Mártires sois vosotros también en medio de tanta perdición. Llevadlo con paciencia, seguid por el camino derecho, ya llegará la hora de las rei-

vindicaciones. Oí decir que los de tu fábrica se iban a poner en huelga, ¿es cierto?

—Andan unos cuantos «moscones venenosos» alrededor nuestro para que pidamos no se qué y hagamos no se cuánto. ¡No seré yo el que les dé oídos; estoy plenamente convencido que esas sociedades mal llamadas obreras, no viven más que de la revuelta y el motín, y que algunos de los que en ellas mangonean hacen a costa de nuestras pellejas y de nuestra fortuna su negocio redondo.

—Así es; hay pruebas mil de esto que dices.

—¡Bah! Si por citar nombres fuera, yo y muchos no cansaríamos de citarlos. Cierto que están los tiempos malos, que anda en nuestras casas la cosa apuradilla, pero si el remedio no se consigue por buenos modos, por medios lícitos, peor es *meneallo*. Lo que yo veo y vemos todos los que queremos ver bien, es que con tantas sociedades de resistencia, y tantos *sablazos* y tantas huelgas y tantos proyectos y discursos, vamos de mal en peor y es porque se hace más caso del *perdis* que explota que del honrado que guía sabiamente.

—O lo que es lo mismo: que por irse el obrero de cabeza a las sociedades sin Dios, dando la espalda a aquellas otras que todo lo hacen inspirándose en la Doctrina Católica, encuentra su desgracia donde creía encontrar su ventura.

—Ni más ni menos.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas, etc

BANCO DE CASTILLA

SOCCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Escuelas que faltan

En Albacete faltan 170 escuelas; en Alicante 241; en Almería 277; en Avila 34; en Badajoz 96; en Baleares 191; en Barcelona 571; en Burgos 8; en Cáceres 130; en Cádiz 357; en Canarias 365; en Castellón 149; en Ciudad Real 174; en Córdoba 258; en Coruña 607; en Cuenca 39; en Gerona 123; en Granada 324; en Guadalajara 13; en Guipuzcoa 111; en Huelva 155; en Huesca 19; en Jaén 339; en León 58; en Lérida 37; en Logroño 66; en Lugo 780; en Madrid 430; en Málaga 357; en Murcia 561; en Navarra 77; en Orense 396; en Oviedo 268; en Palencia 48; en Pontevedra 497; en Salamanca 45; en Santander 123.

Faltan, pues, en España, según la última estadística oficial, 10.148 escuelas.

Lo que no sabemos es el número de tabernas y casas de lenocinio que sobrarán.

No serán pocas.

Correspondencia administrativa

Sra. D.^a J. M.—El Remedio.—Pagó a fin Julio 1915.

Sres. D. T. C. y T. P. de Santa Ana.—Idem fin 1915.

Sr. C. P. de Caldones.—Id. id. id.

El Sr. C. P. de Campomanes nos ha remitido 5 pesetas para nuestra propaganda. Dios se lo pague.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJON

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1

VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Para conocer la pureza de la leche se sumerge en ella verticalmente una aguja de hacer media, muy limpia. Si la leche es pura, debe quedar una gota en la punta de la aguja, al sacarla; pero si no es pura, no quedará nada.

Para conservar las uvas se ponen tendidas en un lecho de aserrín, cubriéndolas totalmente con aserrín. Para que este procedimiento sea eficaz es indispensable que las uvas estén enteramente sanas y que el aserrín esté muy seco.

Los muebles de nogal se ponen como nuevos por el procedimiento siguiente: Se mezclan aceite y vinagre en partes iguales removiéndolos mucho, y con un pincel se da en el mueble, frotando después vivamente con una muñequita de franela. Si las manchas reaparecen, se repite la operación dos o tres veces.

El Sol.—El país de Europa donde el sol brilla más frecuentemente es España: ella goza al año unas tres mil horas de sol.—A Italia tocan apenas 2.300 horas de sol; a Alemania, 1.700; a Inglaterra 1.400, menos de la mitad de España. Francia tiene cerca de 2.000.

OBRAS TEATRALES

A propósito para Sociedades Obreras, Centros de Recreo y Colegios.

El Anarquista, (drama en 2 actos, 2.^a edición).

Mitin Socialista. Episodio en un acto.

Jauja. Jugete en 3 cuadros.

El Señorito. Sátira en 1 acto.

El Requeté. Jornada en 3 cuadros.

A peseta cada una. Pidiendo las cinco de una vez a 0'75 ejemplar. De venta en esta Administración.

FÁBRICA DE ORNAMENTOS

Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET

calle de la Canuda, núm. 9—BARCELONA

Casullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

EL LIBRO MAS UTIL DE TODOS es el

RECETARIO DOMESTICO

del Ing. Ghersi y el Dr. Castoldi

En las 5.667 recetas que contiene se encuentra solución para todos los problemas de la casa.

Un volumen de 1.014 páginas, Ptas. 12.

GUSTAVO GILL, editor, Barcelona.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón